

LA FIESTA DE LA VIRGEN DE AGOSTO.



El día 15 es la fiesta de la santa Virgen.—El mes de agosto tan cubierto de doradas mieses pertenece á María. Salgamos al campo amables niños, dejemos la ciudad, atravesemos las eras donde se trilla el trigo, vamos á la pradera, tengamos un día de campo, asistamos á la fiesta de María en cualquiera pueblo.

La fiesta de María, de esa criatura tan buena, tan dulce, tan amable es tan antigua como el cristianismo. No fué antes el mundo cual hoy le contemplais, no habia ciudades habitadas pacíficamente, y leyes conocidas y respetadas, sino el desórden, el asesinato en las tribus, el fuerte oprimiendo al débil, el rico hollando con desdén al pobre.

Triste espectáculo presentaba el mundo! Ni se creia en Dios ni la caridad habitaba sobre la tierra. Cuán infelices eran los hombres de entonces!

Mas un pensamiento descendió del cielo á la mente de los hombres. Fatigados de ser oprimidos por los poderosos y los fuertes, los débiles y los pobres se refugiaron bajo la proteccion de una muger. Abrigáronse bajo su manto azul, cubriéronse con su poderosa proteccion: protegidos por María los débiles se sintieron fuertes.

De nuestra vida coluna
Guia y protectora es
María sin mancha alguna,
Aquella de cuyos pies
Es digno escabel la luna.

Que coronan doce estrellas
Flores de varios colores
Tiene el manto azul tan bellas,
Que con ser pintadas flores
Dan envidia á las estrellas.

Pura sois cual la azuzena
Y es vuestro nombre María
Para el infeliz que pena
Himno de suave armonia
Que de gozo el alma llena,

María es el consuelo de la humanidad entera. María está aun en la tierra y en el cielo! Está en todas partes; el soldado que marcha á la guerra, la invoca en medio del combate y entre el humo de la pólvora, el marinero coloca su santa imagen sobre el mastil azotado por los vientos y la tempestad, y la llama *estrella del mar*. Levantad los ojos amables niños, ved á María en

el cielo cual os sonríe teniendo en sus brazos á su hijo, presentándole los frutos de la tierra.

La Virgen de agosto es la que preside á la recolección de las mieses.

El impío insulta al cielo, el falso filósofo niega la existencia de un Dios Todopoderoso. Nadie empero osa ultrajar la virgen santa. Es tan débil, y nos ama tanto!

María es la muger sencilla, buena virtuosa, es la muger que ha sufrido todos los dolores; es la muger tímida y modesta que ha vivido en el destierro, que ha visto morir á su hijo único, que ha pasado al través de todas las amarguras de la vida! María se vió rodeada de pena y de amor! Bendecidla!

Benedicid niñas á María, nuestro consuelo, la única poesía que nos resta en este mundo de desengaños. Todos han doblado siempre la rodilla delante de ella. Vuestros padres la adoran, vuestra madre la invocó al echaros al mundo, la invocan diariamente por vosotros; la han invocado á la cabecera de vuestra cama cuando estais malos, os han ofrecido muchas veces en su aflicción á la virgen. Perteneceis á María. Bendecidla!

El día 15 de agosto es el del triunfo de María, es el de su Asunción á los cielos; el de su coronación por Reina de los Angeles, es la gran fiesta de la cristiandad, fiesta que se celebra hace diez y nueve siglos lo mismo en las populosas ciudades, que en las humildes aldeas. Desde por la mañana la campana suena, el tamboril toca en las calles, la aldea se adorna, el altar se halla cargado de flores, dispónense danzas y funciones, la fiesta de María es una fiesta popular, una fiesta en todas las familias.

Conservad amables niñas este hermoso nombre tan puro, ese nombre que algunos enfatuados tienen por vulgar, y procuran reemplazar por nombres novelescos y románticos, ese nombre tan bello que á casi todas vosotras os han dado vuestras madres como el mas dulce de los nombres.

María es el modelo de la muger, no de la muger elegante que se adorna, que baila, y que pasa sus días en los festines y placeres, sino el modelo de la muger que se retira del torbellino del mundo, que sufre, y que ama, es un modelo de paciencia, de resignación, de bondad, de virtud; es el lazo que une la tierra con el cielo.

Vosotras amables hermosas niñas, teneis que sostener aun la lucha de la vida, lucha oculta, privada y sin gloria que nadie mira: asaltos continuamente repetidos cuya recompensa solo se halla en la tranquilidad de la conciencia; días de tribulación y de amargura en que es preciso sepaís consolar á los que sufren, y rogar al cielo por el descanso de los muertos. Estudiad la vida santa de la Virgen María, aprended de ella á ser fuertes porque sin duda tendreis necesidad en varias ocasiones de todas vues-

tras fuerzas. Tendreis tambien necesidad de constancia, de trabajo y de largas vigiliass. Tendreis sagrados y severos deberes que cumplir. Ademas de su cumplimiento añadiréis la aplicacion al estudio de las artes que forman el encanto de la vida, y ennoblecen el pensamiento.

Estudiareis todas las cosas útiles, la historia, esa ciencia de lo pasado para sacar provecho del porvenir: la poesia, esa religion del alma, esa creencia secundaria que tambien conduce á la inmortalidad: las lenguas extranjeras, ese pensamiento de los pueblos vecinos, esa gran voz por la que nos revela la antigüedad sus pesares y alegrías: la música, ese eco de las pasiones puras é inocentes, esa manifestacion de todas las sensaciones del alma, ese encanto de la tierra que nos aproxima al cielo.

Despues y siempre al lado de los talentos útiles, las virtudes templando los unos con los otras, dirigiéndolos al mismo objeto, á adquirir la estimacion pública, á hacer la felicidad de vuestras familias, el encanto y las delicias de vuestros padres que al besaros en vuestra pura frente vean resplandecer en ella el candor virginal, la modestia y las virtudes que debeis adquirir tomando por modelo á Maria!!!

M.

HISTORIA SACRADA.

CUADRO VI.

I.

NACIMIENTO DE ISAC.

Un dia que Abraham descansaba á la entrada de su tienda de las fatigas del trabajo, levantó los ojos, y vió tres hombres que se acercaban á él. Eran angeles en forma humana; el santo varon corrió hácia ellos, y dijo al que parecia mas anciano. Señores, si yo he encontrado gracia á vuestros ojos no paseis por delante de la tienda de vuestro servidor sin deteneros en ella. Entrad y descansareis bajo este árbol, y os daré un pedazo

de pan para reanimar vuestras fuerzas, despues continuareis, si gustais vuestro viage. Los tres viajeros aceptaron la hospitalidad que con tanto amor se les ofrecia.

Abraham entró en su tienda y dijo á Sara:—Amasa pronto tres medidas de harina, y cuece pan en el horno. En seguida corrió y trajo de sus ganados un ternero que dió á uno de sus criados para que al instante lo hiciese asar. Cuando todo estuvo dispuesto sirvió la comida á los tres hombres, y luego que acabaron, le preguntaron. ¿Dónde está tu muger Sara?

—Está en la tienda, contestó Abraham.

Uno de los angeles replicó.

—Yo volveré á veros dentro de un año; todavia vivirás, y Sara tendrá un hijo.

Sara habiendo oido estas palabras, se echó á reir detras de la puerta de la tienda, porque su marido, y ella eran ya muy viejos, y no esperaban tener mas hijos. El Señor que acababa de hablar á Abraham, reprendió á Sara por su incredulidad, y como mintiese diciendo que no se habia reido, se mostró muy descontento. Efectivamente al cabo de un año, el Señor volvió á visitar á Sara que dió á luz un hijo que se llamó Isac. Los angeles se levantaron para continuar su camino, y volvieron la vista á las ciudades de Sodoma y de Gomorra.

II.

ISMAEL EL ENVIDIOSO.

El nacimiento de Isac, llenó de alegría, y colmó la fortuna de la familia de Abraham. El día que se celebró su nacimiento, su padre dió un gran festin, en el que tomaron parte todos los criados de la casa. En medio de la alegría general, Ismael estaba triste: la envidia atormentaba su alma. El nacimiento de Isac, vino á destruir las esperanzas que concibiera, él creia que Abraham por su avanzada edad, no tendria mas hijo que él, y que heredaría todas sus riquezas. Pero no era esta la voluntad del señor; queria Dios que el hijo que naciera de Sara, fuese el gefe de un gran pueblo, segun las promesas que habia hecho á Abraham.

Ismael veia con disgusto robustecerse y crecer á Isac: la envidia, esta horrible pasion, le inspiraba malos pensamientos á que no podia resistir. Cada vez que se le presentaba ocasion insultaba á su hermano, y parecia quererle reprender porque habia nacido. Isac procuraba inculcarle buenos sentimientos, pero Ismael le rechazaba con dureza.

Ya comprendéis, hijos mios, cuan culpable es semejante conducta; pero Ismael el envidioso, no conocía su falta: la envidia

sofocaba en él todo buen sentimiento, y le inducía siempre al mal. Era desgraciado á la verdad, porque atormentado sin cesar por la pasión que le dominaba, no gustaba ni sacaba fruto de los placeres. El malo, nunca tiene sosiego; por el contrario, el justo está siempre tranquilo y goza de una felicidad constante, que nada es capaz de turbar.

Pero Sara viendo que el hijo de Agar se portaba tan mal con Isac le dijo á Abraham.

Echad á esta criada y á su hijo, porque Ismael no querrá partir nuestra herencia con mi hijo Isac.

Parecióle á Abraham demasiado duro este discurso, y no quiso acceder á los deseos de su muger, porque amaba tiernamente á su hijo Ismael; pero el Señor le dijo: «haz lo que Sara te pide, porque la raza que llevará tu nombre saldrá solo de Isac, no temas por Ismael, porque en consideración á tí, le haré gefe de un gran pueblo.»

Al rayar el día Abraham se levantó, cogió pan y un jarro lleno de agua, lo colocó en las espaldas de Agar, y la echó de su casa con su hijo. La pobre muger andubo errante en los desiertos de Bersabea durante algun tiempo. Habiendo gastado el agua que llevaba, creyó que el Señor la dejaria morir para castigarla; y no queriendo presenciar el triste espectáculo de la muerte de su hijo, lo abandonó al pie de un árbol, y se alejó de él. Sentóse en el suelo, y se puso á llorar pensando en lo que su hijo sufriria. El Señor oyó sus sollozos, y la envió un angel que la digese: Agar ¿qué haces ahí? No temas porque Dios ha oído la voz de tu hijo desde donde está. Levántate, cógele de la mano, cuídale porque yo le haré gefe de un gran pueblo.»

Al mismo tiempo el Señor abrió los ojos á Agar, y la hizo ver un pozo lleno de agua; corrió á él, llenó el jarro que llevaba, y dió de beber al niño. Ismael vivió mucho tiempo en el desierto de Pharan, se hizo diestro en el manejo del arco, y su madre le hizo casarse despues con una muger de Egipto de donde procede su numerosa raza que hoy se conoce con los nombres de agarenos ó ismaelitas.





LOS HIJOS DE EDUARDO IV.

HECHO HISTÓRICO.

No hay entre vosotros quien no haya oído decir á menudo *es feliz como un príncipe*. Este es un proverbio que se emplea continuamente sin reflexionar, cuan tristes esperiencias vienen cada dia á demostrar su falsedad. Grandes penas, grandes inquietudes, van unidas á esas grandezas que son para tantas personas un objeto de envidia. A las desdichas que pueden experimentar todos los hombres, vienen á juntarse demasiado á menudo, infortunios que solo el príncipe conoce, catástrofes acarreadas por la ambicion, por los odios, y por todos los azotes que alteran los imperios, y se ha visto, en la historia, hijos de príncipes desde la edad mas tierna, tener su parte en estas desgracias que son desconocidas en vuestros pocos años; á

vosotros los que habeis nacido en una condicion mas obscura. Acaso habreis envidiado algunas veces el rango del hijo de un príncipe, la magnificencia que les rodea, esos numerosos criados que se apresuran á servirles, los placeres tan variados reunidos á su al rededor. Oh! creed, creed que si os fuese posible el cambiar vuestra suerte, por esta alta fortuna, valdria mas permanecer en la condicion modesta en que el cielo os ha hecho nacer! Hay un ejemplo en la historia de un pueblo vecino, que os enseñará, si los hijos de un príncipe son siempre dichosos.

A fines del siglo XV, hace cerca de trescientos cincuenta años, reinaba en Inglaterra un rey llamado Eduardo IV. Este rey se habia casado con una señora tan distinguida por sus virtudes, como por su belleza llamada Isabel *Woodville*. Aunque la etiqueta se oponia á que un rey se casase con una de sus súbditas; las buenas cualidades de Isabel, la elevaron, á los ojos de Eduardo IV sobre toda otra consideracion. Largas, y terribles guerras civiles, habian agitado la Inglaterra, y hecho correr arroyos de sangre. El advenimiento de este príncipe, parecia en fin deber poner término á las desgracias del pais, y durante muchos años, el reinado de Eduardo, fué en efecto dichoso y tranquilo. Amaba mucho á la reina, la que cada dia parecia justificar mas, la eleccion del monarca por sus virtudes, que le grangearon el cariño del pueblo, á despecho de los celos de algunas damas de la corte, envidiosas de su elevacion. Eduardo é Isabel tuvieron dos hijos, cuyo nacimiento hizo mas completa aun su ventura. El mayor se llamó Eduardo, como su padre, el segundo Ricardo. Segun la costumbre de Inglaterra Eduardo tomó el título de príncipe de *Gales* del nombre de una provincia que al presente sirve de estados al hijo mayor del rey en la gran Bretaña. Desde su mas tierna edad, Eduardo IV, tuvo cuidado de que se formasen sus dos hijos para los ejercicios del cuerpo, (en boga en aquella época,) y Ricardo no tenia mas que cinco años, cuando su padre le armó él mismo caballero. Esta era una especie de dignidad, de la cual entonces estaban revestidos todos los hijos de los reyes, y de los grandes señores, tan pronto como habian probado por su valor, por su conducta, por su destreza en montar á caballo y en manejar las armas que un dia serian guerreros valientes y leales. Para el jóven Ricardo, se adelantó la época ordinaria de esta consagracion y pronto se preparó para él otra ceremonia no menos imponente.

Un señor poseedor de inmensos bienes, llamado el duque de *Norfolk* murió dejando una sola hija, mas jóven aun que Ricardo, por su heredera. El rey resolvió agregar á su casa la fortuna de este poderoso señor, casando á la jóven Ana, (este era el nombre de la hija del duque de *Norfolk*) con el jóven

príncipe Ricardo. En este tiempo se veían á menudo matrimonios entre niños, cuando altas consideraciones de interés y de política no permitían esperar que llegasen á la edad de la razón; después los dos esposos permanecían con sus familias, hasta que fuesen bastante grandes para saber manejarse, y renovar el empeño, que habían contraído sus padres por ellos.

Resolvió pues casar, á Ana con Ricardo. Todo se preparó para la ceremonia en una capilla de Londres, llamada la capilla de san Esteban, la habían adornado con soberbias colgaduras de seda y oro. Un dosél magnífico se colocó cerca del altar mayor; el rey, la reina, y toda la familia real, se sentaron debajo de este dosél. En cuanto á los dos prometidos esposos, dejó á vuestra consideración si estarían ricamente vestidos. El novio tenía un vestido de raso blanco, adornado de encajes preciosos con una cadena de oro y pedrería. En cuanto á la novia, tenía un vestido de lama de plata, con viso de color de rosa. Sus bracitos blancos y torneados, estaban adornados con brazaletes de perlas y piedras preciosas brillaban en el gorro triangular que se estilaba entonces, y que cubría sus hermosos cabellos graciosamente rizados.

Con el adorno que acabo de describiros, los novios fueron conducidos á la capilla, acompañados de una numerosa comitiva de damas y gentiles hombres. Un obispo los recibió á su llegada, y el mismo rey en persona condujo al altar á la novia: se colocó esta á el lado de Ricardo: el obispo les recitó las oraciones de costumbre, y ellos respondían con gravedad afectada, en seguida el prelado les hizo juntar las manos, dándoles la bendición que debía consagrar sus primeros votos. A pesar de su corta edad, los dos niños no pudieron menos de conmovirse de este aparato imponente, y todos los concurrentes se enternecieron al aspecto de estos casados de seis años, cuya boca inocente repetía con respeto las fórmulas del ritual. No hubo nadie que no implorase para ellos la bendición divina y una larga serie de felices años.

Después de la ceremonia, toda la corte se reunió para un gran festín, en una suntuosa sala del palacio del rey. Los niños esposos, se sentaron en el puesto de honor, y todos los convidados les mostraron una deferencia, á la que ellos respondían con todo el candor de su edad. No obstante, como los esposos estaban acostumbrados á acostarse temprano, y las largas ceremonias les fatigaron algun tanto, el rey y la reina dieron pronto la señal de retirada. El joven príncipe, y su esposa, se hicieron uno á otro una profunda cortesía, y en seguida el novio siguió al rey su padre, mientras que la reina y damas de la corte se llevaron á la novia, y se separaron, para no volver á ver sino á la época fijada para el segundo matrimonio,

que debería celebrarse cuando llegasen á la edad de la juventud. Los casados debían emplear este tiempo en educarse, el uno en palacio, y la jóven desposada en el castillo de su madre.

Hasta aquí me direis que la suerte de Ricardito, y de su hermano había sido feliz. Acaso envidiaries también sus destinos, viéndolos rodeados de una corte brillante, que se apresura á agradarlos disputándose el honor de imaginar para ellos nuevos placeres. Mas aguardad, y vereis si su suerte fué siempre tan digna de envidia y aun en el tiempo de esa felicidad que os parece tan grande, habían tenido muchos momentos de fastidio. Por ejemplo cuando tenían gana de ir á jugar y correr libremente en el jardín de palacio, ó en el parque de la real residencia, su calidad de príncipes, les impedía el gustar este placer, que no os está prohibido á vosotros que leéis esta historia, porque no parecía bien que los hijos del rey fuesen á correr, y loquear, cuando debían figurar al lado del trono en alguna ocasión solemne; era menester estar con un vestido apretado de terciopelo ó de raso con un aire grave y comprimido, en lugar de entregarse libremente á la franca alegría de su corta edad. Pero estos no son mas que disgustos, y los disgustos son poca cosa en comparación de las desgracias espantosas que pronto vinieron á pesar sobre ellos.

El rey Eduardo IV, murió pocos años despues del matrimonio de Ricardito. El trono debía pertenecer al hermano mayor á Eduardo príncipe de *Gales* que tenía entonces trece años. Pero un hermano del rey difunto, el duque de *Glocester*, hombre malo y ambicioso, había resuelto aprovecharse de la juventud de su sobrino, para usurpar el trono y reinar en su lugar. Llegó á hacerse nombrar Regente, es decir, encargado de gobernar el estado, hasta que su sobrino tuviese edad de reinar por sí mismo. El perverso duque, aborrecía á la reina Isabel, á pesar de las virtudes que la hacían querida de todos, escepto de los envidiosos que no habían podido nunca perdonar su elevación. También empleó contra ella toda la astucia y perfidia, que le sugirió su maldad. Isabel que le conocía bien, desconfiaba de sus intenciones, y temía que el jóven rey cayese en manos de su malvado tutor. Pero este supo manejarse con tanta destreza, fingió un amor tan grande á los intereses de su sobrino, que la reina se vió obligada á retirar las tropas que había reunido para defender á su hijo. El jóven Eduardo que se hallaba en una provincia distante cuando la muerte de su padre, fue conducido á Lóndres en donde el duque de Glocester redobló los testimonios de respeto hácia su persona á fin de disipar mejor las sospechas de la reina madre y de los ingleses fieles á sus deberes. Pero sus designios, no se habían cumplido aun, mientras tanto que

no cayesen en sus manos sus dos sobrinos. La reina con su segundo hijo se había refugiado en la Abadía de *Weimínster* que es un edificio de Londres muy antiguo y muy respetado. Mas aun por amenazas que por persuasion, el duque de *Glocester* la decidió á poner en su poder el jóven Ricardo. La pobre madre sabía que le hubieran arrancado su hijo por fuerza, si hubiese reusado á confiarle de buena voluntad en manos del regente; le entregó pues á los señores enviados por el duque, dirigiéndoles un discurso muy sentido, pidiéndoles vigilasen sobre aquel hijo tan querido.

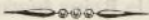
Sus palabras fueron interrumpidas por sollozos, y en fin cuando el hijo se separó, tambien, echó á llorar y se arrojó en los brazos de su madre; en seguida volvióse hácia ella, como para darla el último á Dios, marchó con los señores. El malvado tio, apenas pudo ocultar su alegría cuando se vió dueño de la suerte de sus sobrinos, con el pretexto de conformarse con una antigua costumbre que debía preceder á la coronacion del Rey, los hizo llevar á la torre de Londres, célebre fortaleza que ha servido mucho tiempo para encerrar los presos de Estado. Los principales partidarios de la Reina fueron condenados á muerte por órden del infame *Glocester* y cuando vió que ningun obstáculo se oponia á la ejecucion de sus planes, el que debia velar con tanta solicitud sobre la herencia de este niño confiado á su custodia, se apoderó del trono, y se hizo coronar Rey de Inglaterra.

Pero no bastó esto. Los dos príncipes no dejaban de causarle inquietudes á pesar de su prision; porque temia siempre que los vasallos fieles, tomasen las armas en favor de su legítimo soberano. Resolvió pues hacerlos asesinar. ¿Os estremeceis, no es verdad, de tan horrible atentado? pero sabed, que cuando se ha entrado una vez en la carrera del crimen, no se retrocede delante de un delito mas. La salud del jóven rey, naturalmente débil y lánguida, se habia empeorado por su estancia en esta triste prision de la torre de Londres. Estaba triste y melancólico, y se abandonaba á su dolor. Su hermano mas valeroso y fuerte, procuraba distraerle con sus chistes y reanimar sus esperanzas. Una noche despues de haber hablado largo tiempo, los dos hermanos, se durmieron el uno en los brazos del otro, sobre la cama mezquina de la prision.

Acaso soñaban en dias mas felices, acaso se contemplaban transportados fuera de aquellas tristes murallas, en una risueña y verde pradera, cuando de repente se abre sin ruido la puerta. Dos malvados, enviados por el Duque de *Glocester* entran llevando una linterna sorda. Se aproximan á la cama, en donde descansan las dos inocentes víctimas; á pesar de su dureza, no pueden dispensarse de un momento de emocion, pero uno de ellos

recuerda á su compañero la recompensa que se les ha prometido. Vamos, te dejás enternecer, le dice, y en el momento los asesinos cojiendo las almoadas de la cama, las aprietan contra la boca de Eduardo y Ricardo, quienes mueren sofocados sin haber podido proferir una palabra. Arrojaron los dos cadáveres en un hondo foso hecho al pie de la escalera de la torre y allí fueron enterrados sin honores.

No tengo necesidad de deciros, el dolor de la reina cuando supo este horrible atentado; pero la justicia del cielo no se hizo aguardar mucho tiempo. Pronto el duque de Gloucester que se habia hecho coronar rey con el nombre de Ricardo tercero, fué espulsado del trono, y pereció malamente en una batalla, contra su competidor. Los asesinos que le sirvieron de instrumento, murieron tambien de una muerte desgraciada. Largo tiempo se lloró la suerte de dos víctimas á quien su elevacion habia sido tan funesta, y á menudo las madres al recordar esta catástrofe decian estrechando á sus hijos en sus brazos.» «Hijo mío! Doy gracias á Dios de que no hayais nacido hijo de un rey.



EL NIÑO VERDADERO FILÓSOFO,



Paseándose un dia el conde de Campomanes á caballo en las inmediaciones del sitio de San Ildefonso donde se hallaba la corte de Carlos III, vió en el campo una planta que tuvo ganas de examinar. Bajó de su caballo, y aprovechándose este al momento de su libertad comenzó á galopar á lo largo del camino. El conde le siguió, le llamó, el caballo se paró pero en el momento de ir á cogerle volvióse á escapar. Un niño que trabajaba en un campo inmediato y que lo vió, corrió al camino y llegó á tiempo para coger la brida del caballo, la que tuvo firme hasta que llegó el dueño. Mirando el conde al niño, admiraba su semblante sereno, y su aire contento.—Te doy las gracias muchacho, le dijo, le has detenido muy bien... ¿Qué te daría yo por tu trabajo?

Yo no necesito nada, caballero, respondió el niño...

EL CONDE. ¿No? Pues te lo agradezco; hay pocos hombres que digan otro tanto. Pero dime ¿qué haces en este campo?

EL NIÑO. Arrancaba la mala yerba, guardando mis carneros que pastan aquí cerca.

CONDE. ¿Y te gusta esta ocupacion?

NIÑO. Si señor, sobre todo cuando hace buen tiempo...

CONDE. Enhorabuena, y no querrias mas jugar?

NIÑO. Esto no es gran trabajo: es casi una diversion.

CONDE. ¿Y por qué trabajas?

NIÑO. Para mi padre, caballero: vive allí cerca de los árboles en aquella cabaña que veis.

CONDE. Cómo te llamas?

NIÑO. Pedro Alvarez, como mi padre.

CONDE. ¿Qué edad tienes?

NIÑO. Ocho años por San Miguel.

CONDE. ¿Hace mucho tiempo que estás hoy en el campo?

NIÑO. Desde las seis de la mañana.

CONDE. ¿Y no tienes hambre?

NIÑO. Algo, pero luego iré á comer.

CONDE. Si tuvieses una peseta, ó treinta y cuatro cuartos que harías?

NIÑO. Verdaderamente que no lo sé, porque nunca he tenido tanto.

CONDE. No tienes juguetes?

NIÑO. Juguetes; que es eso de juguetes?

CONDE. Pelotas, peones, y caballos de madera y carton..

NIÑO. No señor: pero el hijo de Tomas el vecino, sabe hacer con piel y una vejiga de cerdo un globo, que arrojamós á patadas cuando hace frio y ademas hacemos lazos para cazar pájaros: tengo tambien zancos para andar sobre el barro, y tenia un aro pero se ha roto.

CONDE. No tienes ganas de tener otras cosas?

NIÑO. No señor, porque no tengo tiempo de jugar. Vollevo los caballos al campo, tengo cuidado de las vacas, y suelo ir á hacer recados al pueblo. El tiempo se pasa en todo esto, tan pronto como jugando.

CONDE. Pero si tuvieses dinero, podrias comprar manzanas y bollos cuando vas al pueblo.

NIÑO. Bah! tambien hay manzanas en casa, y en cuanto á los bollos ya me rio yo! porque mi madre hace tortas los domingos, que valen mas.

CONDE. No te gustaria tener un cuchillo, para cortar varas?

NIÑO. Tengo uno en el bolsillo que me dió mi hermano, mire usted corta que es un portento....

CONDE. Me parece que tienes los zapatos rotos: No querrias tener otros mejores?

NIÑO. Tengo unos nuevos, para los domingos.

CONDE. A los que tienes, les entra el agua.

NIÑO. No me importa nada...

CONDE. Y tu sombrero esta roto tambien....

NIÑO. Tengo otro mejor en casa, pero prefiero este, porque el otro me hace daño en la cabeza y me aprieta en la frente.

CONDE. Y que haces cuando llueve?

NIÑO. Me meto debajo de un árbol, hasta que pasa la nube.

CONDE. Que haces cuando tienes hambre, antes de retirarte?

NIÑO. Como algunas veces un nabo crudo, ó un pedazo de cebolla....

CONDE. Y sino lo encuentras á mane?

NIÑO. Entonces, tengo paciencia. Ya me ha sucedido algunas veces; pero trabajando mucho, no se hace caso del hambre.

CONDE. No tienes sed, cuando hace calor?

NIÑO. Si señor: pero no falta agua por aqui....

CONDE. Pero sabes niño, que eso es tener filosofia verdadera?

NIÑO. ¿Verdadera qué.....

CONDE. Filosofia; yo sé que tú no entiendes esto....

NIÑO. No señor: pero creo que no será una cosa mala.

CONDE. No! no! Eso quiere decir que tu eres un niño bueno y razonable. Ya veo amigo mio, que tu no necesitas nada, y yo no te daría dinero, para hacerte tener necesidades. Dime; no vas á la escuela?

NIÑO. No señor; todavía no, pero mi padre dice que iré despues de la recoleccion de las mieses, para agosto.

CONDE. Entonces necesitarás libros?

NIÑO. Si señor; los niños tienen un silabario, un catecismo y un libro de evangelios....

CONDE. Pues bien, yo me encargo de dártelos; preven á tu padre y le dirás que te los compro porque eres un buen niño, que está contento con todo....

NIÑO. Es usted muy bueno, señor! Doy á vd. las gracias y me vuelvo á mi trabajo.

CONDE. A Dios Pedro....

NIÑO. Estoy para servir á usted caballero ... Y como se llama usted....

CONDE. El conde de Campomanes, presidente del consejo de Castilla.

NIÑO. Diga usted caballero y usted es tambien filósofo?

CONDE. No, hijo mio apesar de haber empleado toda mi vida en buscar la verdadera filosofia, estoy muy lejos de haberlo conseguido como tú que estás contento con todo.

NIÑO. Con que no esta vd. contento?.....

CONDE. No! á Dios Pedro.....y al galope de su caballo se retiró á S. Ildefonso á tener una conferencia con varios cortesanos de valimiento que trataban de introducir una modificacion en el ministerio de Carlos III.

LA GALLINA Y LA ALONDRA.**FÁBULA.**

Entre las doradas mieses
Que visten un valle ameno
Una previsor alondra
Depositó sus polluelos.

Una gallina que el grano
Iba del suelo cogiendo,
Dichosa madre! exclamó,
El nido viendo entre el heno;

Dichosa! que poner puede
Libre en el nido sus huevos,
Y bajo su amante ala
Dárles calor y fomento;
Y sus adorados hijos



Alimentar con sosiego,
Y antes que las mieses sieguen,
Desnudo dejando el suelo
Podrá verlos con las alas
Hendir los aires ligeros...
Pero ay! triste de mil
Apenas yo pongo un huevo,
De los frutos de mi amor
Me veo privada luego.
Que la dueña de la casa
Rejistrando el gallinero,
Muestra su constante afan
En coger los huevos frescos.
Conozco, dijo la alondra,
Tu maternal sentimiento,
Pero apenas de ser madre
Sientes amiga el contento,
Cuando la casa alborotas
Con continuo cacareo,
Advirtiéndome con tu orgullo
Al ama, que un huevo has puesto.
Escitar, niños la envidia
De los demas, nunca es bueno!
Ocultemos nuestras dichas
Para gozarlas mas tiempo:
Que aquel que de ellas se jacta
Corre de perderlas riesgo!!

M.

